

Ayarit Callardo



El
Alfiletero
estampado

El Alfiletero estampado



INTRODUCCIÓN

Este libro es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta que los nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación del autor, han sido utilizados de manera ficticia y no deben tomarse como hechos reales.

Cualquier parecido de los personajes aquí utilizados con personas, vivas o muertas, nombres y apellidos, eventos y acontecimientos, entidades u organizaciones descritos son totalmente una mera casualidad.

Todos los derechos reservados. Sin limitar los derechos bajo copyright reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación debe ser reproducida, almacenada o introducida en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio (ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o de otra manera) sin el permiso previo por escrito del propietario del copyright.

El autor reconoce la condición de marca y los titulares de marcas de diversos productos a los que se hacen referencia en esta obra de ficción, que se han utilizado sin permiso. La publicación El uso de estas marcas no está autorizado, asociados o patrocinado por los propietarios de la marca registrada

Copyright © 2019 Ayarit Gallardo

Todos los derechos reservados

Foto de portada cortesía de Leonardo Frigo

@leonardo_frigo_

El amor llega a nuestras vidas de diferentes formas y se manifiesta de cualquier manera, pero es un sentimiento universal y atemporal que compartimos todos los que hemos tenido el privilegio de vivirlo.

Este es mi regalo para ustedes, mis queridos lectores, para que se identifiquen con el romance y disfruten leer en palabras, lo que significa encontrar el verdadero amor.

Gracias infinitas.

Ayarit Gallardo

Índice

[INTRODUCCIÓN](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Capítulo 1



De niña, recuerdo como todos los días al salir de la escuela, salía corriendo por las calles de mi pueblo para ir a sentarme en la Fuente de Aretusa.

Soñaba que los papiros eran grandes cabezas despeinadas de músicos de una orquesta y que yo era una afamada soprano que estaba a punto de hacer estallar la vieja estatua con mi aguda voz.

Imaginaba ver a Alfeo fundiéndose en las aguas de Aretusa, tal cual como cuenta su mito, para muchos una violación para la que quería permanecer virgen, para mí; una manera increíble y osada de cómo consumir el amor de cualquier manera.

Mi nombre es Tarcila, sí así como lo oyen, un nombre nada común para una mujer nada común, así soy yo. Mi madre, proveniente de una familia noble de Siracusa, cuna de Arquímedes, me lo colocó en honor a mi abuela para recordarla cada vez que lo pronunciara, ya que quedó huérfana siendo una niña.

En una isla tan pequeña como Ortigia, todos querían y respetaban a mi madre, que era una de las pocas maestras del pueblo, lleno de pescadores y costureras analfabetas que soñaban en secreto que sus hijos tuvieran otro destino, pues en público se enorgullecían que siguieran sus pasos.

Era impensable imaginar para la época, como siendo huérfana, criada por sus hermanas inexpertas solo unos años mayores que ella, pudo destacar entre tantas licenciándose como maestra en la Universidad de Catania, donde iba a estudiar todos los días desde Ortigia en carreta.

A mi padre, un apuesto y gallardo romano, lo conoció en el Teatro Massimo Bellini, cuna de la Opera en Catania, lugar que a él le encantaba frecuentar, pues aunque era constructor, su pasión por la ópera y sus dotes de tenor, lo mantenía siempre cerca del escenario.

Allí ocurrió la magia. La severa señorita maestra, pasados sus treinta y tantos, la que conservaba su virtud cual Aretusa, encontró el amor en aquel romano con porte de gladiador, que tal como Alfeo, luchó por fundirse en ella hasta su último aliento.

Mi amado padre. De él heredé el gusto por la buena música, mi voz prodigiosa y mi capacidad para soñar alto y sin límites. De mi amada madre, mi gusto por las bellas artes y por todo lo hermoso, la creatividad y la sobriedad al actuar. De su amor nacimos dos hijos, mi hermano Vittorio, en homenaje a Vittorio Emmanuelle II de Italia y yo, la estrambótica Tarcila, como mi abuela siracusana.

Estrambótica físicamente, sí, así me consideraba, ya que desde pequeña era enorme, así como les dije que mi padre parecía un gladiador, así me veía yo, mucho más alta y robusta que las demás niñas del pueblo, pero lo que más aún me caracteriza con ese adjetivo es mi personalidad.

Mis ojos de un hermosos color miel, pero nunca comparables al verde jade cambiante de mi madre, quien tiene una mirada tan enigmática, que puedes ver todas las tonalidades de verde existentes según su temperamento, y vaya que conozco todos sus colores.

Mi hermano Vittorio y yo crecimos cual gemelos, ya que tan sólo nos llevamos un año. Nos adoramos con locura, pero sin decir una palabra, como hermanos crecimos entre juegos, discusiones, acusaciones y complicidades.

Él siempre estaba acompañando a mi padre en todo momento, aunque prefería estar pegado a las faldas de mi madre, mientras que yo, por ser niña, siempre debía estar aferrada al lazo de su delantal. Soñaba con los días en los que mi padre silbaba desde su Giulietta rojo del 54 encendido para llevarme a Catania con sus amigos. Era nuestro día y nuestro paseo, pues, aunque íbamos los cuatro, yo sentía que era el día de nosotros dos unidos por la música.

Con papá impaciente en el carro, comenzaba la carrera contra el tiempo de mamá. Acicalar a dos niños pequeños que solo querían salir corriendo a pasear, mientras ella se empeñaba en dejar nuestra piel brillando con una esponja, tallándonos en la vieja tina de madera, para luego vestirnos con nuestros mejores trajes. Recuerdo las rodillas de mi hermano, tratando de esconderse bajo el pantalón corto, pues siempre estaban llenos de moretones o heridas producto de sus travesuras.

A mí siempre me ponían vestidos enormes, llenos de vuelos lazos y bordados, que mi mamá mandaba a hacer especialmente a mano por una costurera en Taormina, no solo porque eran los más bellos, sino porque no habían vestidos lindos para niñas de mi tamaño y proporciones.

Al llegar el momento de peinarme era todo un suplicio, pues mis cabellos dorados pero rebeldes como yo, eran siempre domados a la fuerza con el cepillo de metal y el brazo fuerte de mi madre, quien hacía magia para estirarlos a la altura de mis orejas, dividirlos en dos moños y hacer un par de roscas rematadas con un lazo

Imaginarán a esta pobre niña con los ojos achinados a juro con lágrimas entre el dolor de cabeza constante y el apretón, pero eso sí, siempre impecable, como una verdadera princesa siracusana.

Todo este ritual transcurría entre corneteos incesantes, silbidos exasperados y gritos enardecidos de mi padre, quien impaciente en su Giulietta amenazaba siempre con dejarnos.

Así magistralmente comenzábamos mi hermano y yo a lloriquear a todo pulmón para apurar a mi madre, quien con sus refinados modales, no salía de casa hasta estar impoluta, orgullosa con sus dos hijos de la mano.

Muchas veces la gente del pueblo se reía al ver a mi madre corriendo con nosotros para alcanzar el carro de papá cuando cansado de esperar lo ponía en marcha. Esos días debía terminar

de maquillarse y quitarse los rollos para el cabello en el camino a Catania. Eso sí, antes de pasar el Ponte Nuovo, ya era toda una esfinge dorada.

Por sus modales refinados, la gente que no la conocía creía que era francesa o inglesa. Jamás imaginaban que era de Ortigia, ni siquiera de Catania donde se formó, porque seas de Siracusa, Taormina o simplemente siciliano, lo bullicioso para un italiano se lleva en la sangre. Pero ella no.

Mi madre era una mujer muy discreta y silenciosa, de profunda formación religiosa. Aprendió a pintar como cualquier maestro renacentista y como buena italiana, su amor por la cocina era insuperable, sólo que tenía una manera muy delicada y particular de preparar todo, que la diferenciaba de las demás mujeres del pueblo, que habían heredado las recetas ancestrales de sus nonas.

Mi padre, también era un experto en la cocina y verlo cocinar era todo un espectáculo, pues mientras lo hacía, parecía estar excavando en una cantera romana.

Mi madre con las manos en la cabeza, sentada de espaldas en la mesa del comedor, sin poder hacer nada más que pensar que papá estaba demoliendo la cocina y mi hermano y yo nos divertíamos viéndolo hacha en mano, como un gran leñador para deshuesar algún ave o descamar un pescado

Eso sí, al preparar sus grandes banquetes, quedábamos retozando de alegría. Sólo mi pobre madre se levantaba de la mesa, mientras nosotros canturreábamos una canción con él, para ir a poner orden en su máspreciado rincón: la cocina.

Recuerdo cuando una de esas veces sentados frente a la mesa, me sentí tan en confianza que les expresé a todos mi deseo de ser parte de un mariachi mexicano cuando fuera grande. Esa música siempre estuvo presente en nuestro hogar, ya que papá aún sin entender lo que decían las canciones en español, nos enseñó a admirar a los grandes cantantes de la época de oro mexicana.

Yo muy emocionada inflé mi pecho, dispuesta a entonar una de esas tonadas, cuando mi hermano, con su risa única y particular comenzó a burlarse de mi deseo, diciendo que sólo podía servir para cargar el guitarrón, una guitarra mexicana enorme que hace la función de bajo. Correteos por toda la mesa hasta que pude alcanzarlo y en un intento de imitar las lecciones de lucha que papá nos había enseñado, le salté encima y le saqué el aire como a un globo desinflándose.

Todavía hoy en día nos reímos al recordar el hecho, sobre todo, los golpes que nos dio mi madre con la paleta de madera de la cocina, con la que preparaba sus divinas recetas, pero también nos ajusticiaba de vez en cuando.

Después de este día, decidí aferrarme más a mi sueño de ser cantante, solo que no volví a contarle a nadie mis deseos, por lo menos no hasta que pudiera cristalizarlos.

Cuando cumplí 12 años, mi madre me regaló el obsequio que cambiaría mi perspectiva, al que me engancharía de por vida de una manera fantástica, el que me hizo dejar de pensar como niña, para usar mi imaginación de mujer. Mi madre me regaló un alfiletero estampado

Sí, como lo leen, un alfiletero, pero no cualquiera. Uno hecho con un tela magnífica llena de hermosas flores negras brocadas, lo que hacían parecer relieve, uno enormes ojos azules hechos de botón y un cabello lleno de fibras doradas de un cordón deshilachado.

Se me olvidó agregar que mi alfiletero era un muñeco, sí un muñeco hecho con retazos de tela por mi mamá, para que yo colocara alfileres y agujas mientras aprendía a coser y a bordar

Para mí con mi extraña personalidad, resultó ser prácticamente un objeto de culto, pues mientras las otras niñas jugaban con sus tontas muñequitas de trapo insulsas, yo tenía el poder de imaginar que ese muñeco tomaba vida, que esas flores formaban parte de su piel y que las agujas y alfileres con que lo traspasaba, era parte de su indumentaria diaria.

Ese era mi hombre ideal, así noche tras noche formaba en mi mente cada detalle de su piel, de sus facciones, de nuestro primer encuentro, de cómo reconocerlo al verlo a los ojos y de cómo me reconocería sin siquiera conocerme.

Pero como no iba a saber de mí, si desde que llegó a mis manos, está a mi lado perpetuamente, como el amor eterno, ese que te acompañará para siempre.

Mis amigas se burlan de mí, pues lo ven como un muñeco sucio, desgreñado y feo, con el que no puedo jugar, porque sólo es un alfiletero, pero para mí es mucho más que eso.

Es y será toda mi vida, pues mi historia gira a través de sus azules ojos de botón, que me miran tan profundamente, haciéndome estremecer al sentir su rasposa barba al ras, cuando lo froto sobre mi rostro. Su retorcida sonrisa dibujada, me muestra una dentadura perfecta que brilla a la luz de la luna que atraviesa los barrotes de mi ventana.

Sus alfileres llenos de bolitas de colores cada día cambian de posición, como si se llenara aún más de ellos. Me imagino perforando cada centímetro de su piel con ellos.

Se los dije. Soy extravagante y en mi familia nadie podía entenderlo. Por eso debía callar. Jamás nadie podía enterarse de mi amor por mi alfiletero. Para muchos rayaría en lo enfermo, en lo perverso. Para mí solo era eso: el más puro y verdadero amor hecho alfiletero.

Estando en mis clases de literatura, volaba con la imaginación ante cada historia que leía la profesora, imaginando que los dos protagonizábamos las sagas más románticas o trágicas, pues sé que el amor no todo es color de rosa, pero al estar a su lado, con seguridad, la historia sin importar su final, realmente no tendría fin alguno, pues siempre al ponerle un nuevo alfiler la podría comenzar a narrar de nuevo.

Cuando tocó irme a estudiar a la universidad, le di un buen baño, porque el pobre con los años había perdido un poco de color, le remarqué los bordados de la tela para que tomaran más vida sus tatuajes, cambié las hebras desteñidas de su cabello, por un estambre dorado, al que le hice una larga cola, pues soñaba con acariciar esa lacia melena. Coloqué en sus manos un pequeño violín de madera que mi padre me había tallado y lo fijé a un brazalete de cuero negro, para que fuera mi compañero en esta nueva etapa.

Antes de emprender mi viaje, mi madre muy devota de la virgen de las lágrimas, me llevó a su santuario en Siracusa. Fue un momento hermoso, pues compartimos como nunca el amor de madre e hija. Su severidad no le permitía llorar ante mi partida, por eso al llevarme ante su Madonna, me estaba mostrando el rostro vulnerable de una madre.

Mi hermano Vittorio me llevó a dar un paseo por nuestro lugar, ese donde solíamos ir a hacer travesuras desde niños, a llorar juntos después que nos pegaran por hacerlas o simplemente a perdernos del bullicio. Nuestro lugar era la Necrópolis de Pantálica.

En ese valle invisible estaba el lugar más fascinante para nosotros, ya que en un entorno natural, casi mágico, los ríos han dibujado cañones verticales donde las tumbas están cavadas en las laderas rocosas formando agujeros haciéndolo ver como un enorme panal de abejas.

Después de cruzar el río, nos pegábamos un baño en sus frías aguas. En casa jamás nos bañaríamos con agua helada, pero aquí era divertido, luego caminábamos por los largos senderos, siguiendo la vía del antiguo tren, imaginando que nos perseguía para correr con más velocidad y poder escapar de su ruido fantasmagórico.

A veces éramos más valientes y entrábamos en alguna necrópolis, les poníamos nombres o apodos a los difuntos y los veíamos jugando y riendo con nosotros.

Pero la mejor parte de nuestro viaje era ir a la gruta llena de pipistrelli, esos murciélagos eran los dueños y la inundaban en quietud, ah!, pero cuando llegábamos, siempre hacíamos una marca de valentía en la gruta, para saber cuánto soportábamos antes de salir corriendo despavoridos por el ruido ensordecedor de los murciélagos al descubrirnos, sintiendo que nos acechaban miles de vampiros para poseernos.

Yo practicaba mis agudos gritando por todo el camino con el eco de la gruta, pero Vittorio me superaba cuando nos topábamos con alguna araña espeluznante, pues para un aracnofóbico, la presencia de la más inofensiva de su especie, lo hacía gritar más agudo que una ninfa

Sí, tumbas, sí murciélagos, pero para nosotros ir casi en soledad, nos hacía sentir como antiguos pobladores en su momento de máximo esplendor. Recuerden que mi personalidad no era para estar en un parque de diversiones o en una linda plaza rodeada de tiendas.

Hacer todo ese recorrido con él, para despedirnos fue muy especial. Fue volver a ser niños a diario, para atesorar todos nuestros recuerdos, tomar un puñado de tierra de una necrópolis, juntarlo en una con un poquito de agua del río, una aguja de papiro seca y el trozo del ala de algún murciélago mutilado para sellarlo todo en una linda botella y así llevar todo este recorrido conmigo.

La despedida de mi padre fue más emotiva aún, pues me tomó de a mano como lo hacía desde niña y me llevó hasta la Oreja de Dionisio, la latomía principal, de la que tantas historias se han contado.

Allí en lo más profundo me hizo cantar su aria favorita de Verdi: “caro Nome” de Rigoletto, ya que siempre me hizo sentir como su Gilda, la amada y protegida hija del jorobado bufón de esta magnífica obra.

Él, muy entusiasmado por el eco se lanzó a cantar su “Va, Pensiero”, el famoso coro de Nabucco, que trascendió a Verdi y se convirtió en el himno de los patriotas italianos y que mi papá cantaba para mí, desde la cuna.

Mi amado padre. Quién diría que como en cualquier puesta en escena en La Fenice, este acto de amor sería nuestra despedida definitiva.

Capítulo II



Al cruzar en autobús hasta Catania no volví a mirar atrás, pues estaba iniciando un nuevo rumbo, en el que sólo llevaba mi pasado hecho recuerdos y por supuesto mi pequeño alfiletero, quien sería mi compañero eterno.

Catania, un lugar mágico, con balcones llenos de flores y tendederos con ropa cruzando callecitas estrechas, donde el bullicio de día y de noche me hacía añorar cada día más mi querida tierra de Ortigia.

Comencé a estudiar educación en la Universidad más antigua de toda Sicilia igual que mi madre, pues ella quería que yo regresara al pueblo convertida en su sucesora. Quien iba a imaginar lo lejos que estaría de ese sueño y que pronto me convertiría en Tarcila del mundo entero.

Estar en la universidad, era tropezarse a diario con miles de estudiantes, entre fachadas y balcones repletos de máscaras y caras horribles desbordantes del más puro encanto barroco, pues compartíamos los espacios del antiguo monasterio benedictino

Me encantaba escapar de toda esa locura y si tenía suerte con los porteros de la enorme iglesia de san Nicolo, me trepaba a los tejados desde la minúscula escalera de caracol, tan serpenteante que parecía desdoblarse mi cuerpo como una contorsionista y que era tan estrecha que no me atrevía a bajar por ella y debía hacerlo desde otra escalera en la parte posterior.

Desde allí arriba, en lo más alto de la iglesia que domina la ciudad en la loma de la colina, las vistas de Catania son únicas y te sientes dueña del mar y del Etna al mismo tiempo, dejándome absorber por mis pensamientos y mis anhelos más cerca del cielo.

Por las noches de los sábados, solía irme a bailar, pues aunque confieso haber aprendido tardíamente, disfrutaba muchísimo hacerlo. Ir a Il Capannone, la discoteca de moda hasta el amanecer, para rematar la velada a orillas del mar entre amigos y amores.

Pues sí, con mi redondez, enamore a muchos y enloquecía a unos tantos. Recuerdo especialmente con cariño mi primera vez con un flaco desgarrado, tan delgado que parecía el palo de un gancho de tintorería, pero con un gran corazón. Sé que me amó, al igual que un bohemio que tocaba la guitarra en el arrecife. Su cuerpo me enloquecía, así como usé todas mis estrategias para enloquecerlo a él, hasta llevarlo a mi cama, pero hasta allí, todos los que pasaron por este cuerpo jamás llegaron a tocar su alma.

Ninguno se acercaba a mi alfiletero. Nadie tenía ese encanto que le otorgaba su estampado, ni la personalidad que transmitía el azul de sus ojos de botones. Ni hablar de sus alfileres que para mí, contarían las historias de todas sus perforaciones.

A veces en soledad, jugueteaba con él, imaginando como sería nuestro primer encuentro. Para mí, ya tiene rostro, siento sus manos acariciarme cuando toco sus fieltros, mis dedos enredándose en su larga y dorada cabellera, mientras retozamos después de haber hecho el amor y tener una plática sobre la luna.

Si, hacer el amor, porque sólo con él esa frase tendría significado, pues estoy segura que lo que he tenido hasta ahora ha sido simplemente sexo. Nada ni nadie me ha llevado a los límites de la locura y del placer como lo que imagino viviré con mi alfiletero, cuando me estremezca al reconocerlo, la primera vez que nos crucemos.

Estado un día de visita en el Teatro Bellini, un viejo tenor amigo de mi padre llamado Luigi, me invitó a subir al escenario para que lo acompañara con una o dos arias, pues sabía que me gustaba cantar.

Al principio, me sentía apenada, pues sentía que no cantaba con suficiente fuerza, hasta que pensé en mi padre y en todo lo que me había hecho sufrir el no poder estar a su lado en estos últimos días.

Así lancé desde el estremecimiento ahogado de unos compases, el agudo más fuerte y sentido que había invadido ese lugar, desde los tiempos de la gran María Callas.

A partir de ese momento, mi vida comenzó a tener sentido y mi mundo se transformó por completo, pues con las recomendaciones del tenor, terminé rumbo a Milano para ingresar en el Conservatorio Giuseppe Verdi, el mejor del mundo y mi nuevo hogar.

Milano es el sueño de cualquier artista clásico. Templo de la moda, de las bellas artes, donde la buena música tiene un lugar fundamental en su historia, aunado a su increíble y majestuosa arquitectura, llena de lujos, de luces y de vida.

Allí estaba yo, hospedada en la residencia Piero Rotta, cantando en la microciudad subterránea de la estación del tren para ganar algo de dinero y conocer la movida musical del talento emergente y bucólico de la ciudad.

Es increíble pensar, que trabajando en La Ricordi, la tienda de música más antigua de la ciudad, en ese viejo y encantador lugar, conocería una noche de luna llena al hombre que logró hacer realidad mis deseos sin que yo lo percibiera.

Yo me encontraba entre discos viejos y antiguos instrumentos tarareando alguna melodía con mis audífonos como siempre solía hacer al cerrar para poner orden, cuando de repente sentí una presencia tras de mí. Sin voltear, asustada sentí como toqueteaban ávidamente contra e cristal del mostrador la misma melodía que yo canturreaba.

Sentí un estremecimiento tan extraño que me llenó de temor, pues jamás lo había sentido, era un aroma envolvente de una fuerte presencia. Por dentro rogué en un segundo que mi vida no corriera peligro por un ladrón. Qué ironía, esa presencia robó algo más que mi corazón.

Al girarme lentamente sentí que estaba a punto de desmayar, mis piernas tan gruesas flaquearon al ver el halo de luz de luna iluminando el brillo de aquella sonrisa retorcida, jugueteando al mismo tiempo con el piercing de su lengua, acompañada por unos gruesos y carnosos labios delante de una barba rala, tan dorada como el cabello anudado sobre la nuca a manera descuidada. El destello del azul de aquellos ojos me impactó hasta dejarme sin habla, adormecida sin pronunciar frases correctas ni completas ante sus preguntas curiosas por la tienda.

Era algo increíble para mí, un hombre ataviado de negro absoluto, con una camisa de seda y un traje de terciopelo de un solo botón. Era un atuendo muy formal, pero que él llevaba con desenfado, tenía algunas pulseras con puas y anillos de cruces en sus manos, finas pero varoniles.

No podía creerlo. Lo había encontrado. Lo tenía ante mis ojos como una aparición encarnada. Sacó su instrumento de su funda, un viejo violín para que le vendiera unas cuerdas y así comencé a entrar en trance.

Ese hombre que estaba frente a mí, era como si mi alfiletero se levantara de mi pulsera de cuero y tomara vida. Inmediatamente llevé mi mano a la muñeca para confirmar que aún estaba allí, acto que él percató y profirió una postura de curiosidad. Sus cejas se arquearon como para interrogarme y tonta yo, lo único que hice fue mostrarle mi alfiletero.

Sin detenerse ante nada se acercó a mí y me regalo un beso. Al inicio solo un roce de labios, pero poco a poco fue hundiendo su ávida lengua perforada en mi garganta, como si la penetrara un volcán hirviendo. Me aferró por la cintura y sin darme cuenta al intentar abrir los ojos para confirmar que fuera real, salió huyendo, como quien esconde un terrible secreto.

Yo extasiada no podía creer aún que fuera cierto, pero todavía sentía el sabor de sus labios, el

perfume de su aroma y me quedé con las cuerdas rotas de su violín apretadas entre mis manos.

Salí de la tienda temblorosa aún, pero con la rapidez de un tornado, que se lleva todo a su paso para encontrar sentido a lo que había pasado y encontrar al ladrón de mis besos.

Corrí por toda la ciudad infructuosamente, pues parecía haberse desvanecido entre las tinieblas pero jamás en mis pensamientos. Solo el halo de la luna me guiaría hasta su encuentro, estoy segura que si seguía su tenue luz lo encontraría de nuevo, así como lo trajo a mí esta noche.

Llegué hasta Piazza San Fedele a los pies del Teatro Manzoni, aturdida aun por lo sucedido y el escándalo de los aplausos de la multitud que se encontraba en el teatro.

La luna se reflejó en la marquesina, iluminando el cartel en blanco y negro del concierto de la noche. Allí estaba su rostro a medio cubrir con hebras sueltas de su lacia cabellera, fundiéndose con el violín que sujetaba entre sus manos.

Lo había encontrado. Mi alfiletero tenía nombre: Ari, así lo presentaban en la marquesina, el violinista principal de la Orquesta Sinfónica de Australia en su última presentación, interpretando una versión rock de Vivaldi.

Capítulo III



Al entrar al vestíbulo del teatro, embriagada aún por el sabor de aquel beso, una mezcla metálica con dejos de nicotina y alcohol, me detuve detrás de la estatua de un enorme Baco desnudo y celebrante, mientras escuchaba sus gloriosas notas, que solo podían compararse con la belleza de las doradas alegorías griegas que decoraban el techo.

Caí desplomada sobre el piso lleno de cuadros, donde me sentía como una pieza más en un juego de ajedrez, esperando por su llegada para que decidiera mis movimientos.

Sin darme cuenta pasaron las horas, los aplausos inundaron el lugar y de pronto un silencio ensordecedor se apoderó de la sala.

Traté de ponerme de pie inmediatamente, cuando sentí el roce de una caballerosa mano que se extendió para levantarme. Era él, era mi Ari, mi alfiletero y yo cual Aretusa sucumbí ante los encantos de mi Alfeo dispuesta a que se fundiera en mí.

Después de entrelazar nuestras manos, parecían que se habían soldado mientras corríamos por toda Vía Montenapoleone. Nos deteníamos unos cuantos segundos para besarnos y recuperar el aliento, parecía que respirábamos uno dentro del otro.

Llegamos al Hotel Manzoni, el lugar iluminado con estilo y discreción, bajo la sonrisa cómplice del conserje, que me intimidó. Cuantos rostros, cuantos cuerpos perfectos debe haber visto desfilando por allí, tomados de esa mano que hoy me arrastra hacia un encuentro sin fin.

Porque así sería para mí, estoy segura. Luego de pertenecerle a este hombre en cuerpo y alma, jamás podría estar con nadie más.

Por un momento me sentía avergonzada, pero su pasión era tan ensordecedora que hacía que cualquier pensamiento acerca de mi cuerpo no tuviera tiempo de instalarse en mi mente.

Con una velocidad increíble me despojó del sencillo vestido de franela que traía, este salió tan fácil de mi cuerpo como si quisiera huir antes de ser despedazado por sus dedos.

Comencé a abrir rápidamente los botones de su camisa, encontrándome sujeta a un collar con forma de anzuelo que parecía de jade, que se enganchó en el brazaletes de mi alfilerero

Inmediatamente pasé a acariciar su pecho y apenas con la luz tenue que entraba por el balcón, pude contemplar los mapas que formaban los tatuajes que escondía bajo su traje tan formal.

Todo su torso estaba lleno de líneas geométricas que parecían formar símbolos o figuras desconocidas para mí. Tenían cierto volumen, como si alguien los hubiera bordado sobre su cuerpo.

Al pasar mis manos temblorosas sobre ellos, sentí como él se avergonzaba de tenerlos. Pero mi deseo por manchar mi piel con su tinta fue tal, que se olvidó de todo por el tiempo que estuvimos en nuestro encuentro y solo pudo concentrarse en satisfacer sus deseos.

Cuando comencé a sentir su fuerza dentro de mí, estallé de inmediato, ya que el fuego que tenía quemaba mi piel por completo y el roce del metal del anillo que tenía en su miembro erecto me hacía vibrar aún más.

La cabecera acolchada evitó que estallara mi cerebro, pues cada vez que me embestía, lo hacía con una potencia abismal, como quién consigue adentrarse en un abismo prohibido, para excavar un tesoro invaluable.

Así rodamos entrelazados hasta llegar al piso. Aún siento las espigas formadas por la madera en punta Hungría clavarse por todo mi cuerpo, al unísono de sus penetraciones, las que una y otra vez, me hacían llegar a orgasmos jamás imaginados.

Todo era tan real, pero a la vez tan increíble. Por un momento llegué a pensar que mi alfiletero había cobrado vida para apoderarse de mí y cumplir todas esas fantasías eróticas que desde niña tenía con él, pero al tenerlo dentro de mí por tanto tiempo, al poder recorrer y sentir todos sus volúmenes tallados sobre su piel, me olvidé de todo y me entregué a su certeza. Tenía que ser cierto.

Acabamos al unísono, como si interpretáramos juntos una sinfonía eterna. El apretando mi cuerpo ferozmente como si fuera su instrumento máspreciado y yo, lancé los agudos más fuertes que mi voz prodigiosa pudiera producir hasta el momento.

Ambos lloramos, reímos, no paramos de hablar por un buen tiempo con la madrugada sobre nuestros hombros, hasta caer rendidos uno sobre el otro, arrullados por la luz que produce el breve encuentro entre la luna y el sol, entrando por el balcón de la terraza.

Me desperté no sé a qué hora, aún adormilada por la energía invertida aquella noche de pasión. Sentí el rose de un beso sobre mis labios y el leve sonido de una puerta al cerrar con mucho cuidado.

Ari ya no estaba. Se sentía el vacío en la habitación, al igual que en toda Italia y en mi reflejo ante el espejo del tocador.

Sacudí mi cuerpo sobre las sábanas, aún llenas del aroma de la noche y de recuerdos de tanto desborde, para poder sentirlo de nuevo dentro de mí y así evitar se escape su presencia de nuevo

Mis dedos aún llenos con la tinta indeleble de su piel, me adentraron en un mar de orgasmos como los que se produjeron esa noche fugaz pero eterna entre sus brazos.

Me introduje en la bañera para fundirme con el mármol, que parecía volverse líquido ante mis ojos aún extasiados de tanto placer, mientras sus vetas blancas y doradas sobre el negro portoro, me invitaban a regalarle la exclusividad de mis deseos de mujer.

Al salir a la calle, con tan solo fuerzas para dar pasos tambaleantes hasta mi habitación en la Piero Rotta, mi mente solo podía recordar sus palabras ensordecedoras, pocas pero precisas, para poder conocerlo.

Dijo que su nombre era Ari, que había huido muy joven de su hogar hasta llegar a Australia donde se formó como violinista, que estaba seguro que el Teatro de la ópera de Sidney me recibiría cuando fuera el momento y volvería a sus brazos.

La curiosidad por el alfiletero fue satisfecha con cada una de sus preguntas, de cómo llegó a mí, porque lo cuidé con tanto esmero y el por qué lo esperé. La única interrogante que no pude satisfacer y que sería el inicio para descubrir quién era es de dónde mi madre sacó inspiración para hacerlo.

Sin esperar un minuto más me dispuse a llamarla. Mi querida madre. Estoy segura que con su agudo instinto descubriría en mi voz, lo ocurrido en el Manzoni. Como le explicaría mi obsesión por el alfiletero y más aún sin linderar en la locura que había sido poseída por él y que era cierto.

Decidí colgar y comencé a hacer un boceto de las marcas de su cuerpo. Aún las tenía grabadas en mi memoria y en la punta de mis dedos, sentía cada espiral que marcaba su espalda, el pecho, sus pantorrillas, sus muslos y sus nalgas.

Rápidamente fueron tomando forma sobre una página que parecía un lienzo perfecto. A través de esas marcas, descubriría la verdad de aquel misterioso portento que poseyó mi cuerpo por una noche y mi alma para siempre.

Sin pensarlo mucho, corrí con la poca fuerza que me quedaba, pues mis energías se quedaron entre las sábanas del Manzoni, entré a la biblioteca pública y mostré mi boceto al viejo bibliotecario, para saber si alguien podía orientarme a encontrar información sobre el origen de esos tatuajes tan particulares.

El viejo tomó el dibujo en sus manos, lo subió hasta los lentes similares a una lupa que tenía en la punta de la nariz, murmuró algo mientras arrastraba sus pasos por uno de los pasillos. Tomó un libro enorme y lo lanzó con la poca energía que le quedaba sobre el mostrador.

Al abrirlo, me di cuenta que mis dibujos eran muy similares los que tenían los miembros de la tribu que tenía la enciclopedia. Me indicó un par de libros más para comenzar a develar el misterio

No podía creerlo. Ante mis ojos en cada página podía encontrar un detalle de sus enigmáticas líneas, al tocar las páginas era sentir sus marcas y mis manos ardían

Pasé horas deleitándome con los detalles, de la cultura y de todo lo que estaba detrás de esas figuras, según el libro los enigmáticos tatuajes se llamaban Ta' moko, sólo faltaba la llamada a mi madre para confirmar, ya que el físico de Ari no correspondía a los dueños de esos tatuajes.

Descansé todo lo que pude en mi habitación antes de llamar a mi madre. Cerraba los ojos y sólo podía pensar en él. Me rendía y se apoderaba de mis sueños, ahora con un rostro y una silueta definida y ya no producto de mi imaginación, como cuando era solo el alfiletero.

Llamé a casa y antes que mi madre terminara de darme la bendición, ya la estaba atiborrando de preguntas acerca de qué la inspiró para hacer mi alfiletero tan particular.

Mi madre, tan circunspecta como siempre, pero con voz de sorpresa (quien no iba a sorprenderse que le preguntaran por el origen de un simple alfiletero, hecho de retazos y trapos hace tantos años) comenzó a responder mis preguntas y yo cada vez más segura que ese era mi Ari.

Me contó que mientras se disponía a realizarlo, estaba viendo un programa acerca de la tribu Maorí de Nueva Zelanda y le llamó la atención la presencia de un niño rubio en el grupo, pero con la indumentaria tradicional.

Ese era el estoy segura. Mi Arí era un Maorí de Nueva Zelanda, pero uno especial, diferente, con su piel tan blanca como la luna y los ojos tan azules como los botones de mi alfiletero.

Al fin le encontré sentido a mi misterioso objeto, el que me obsesionó desde niña. Ahora solo falta descubrir quién era realmente Ari y su extraño origen, para conocerlo por completo, volver a encontrarlo y dedicarle mi vida por entero.

Me fui a la cama tarareando alguna obertura, debía concentrarme en mejorar la potencia de mi voz, pero en mi mente sólo estaba el sonido de los gemidos de esa noche.

Caí rendida en un letargo tan profundo, después de haber pasado un momento tan inolvidable y realizando las investigaciones, no me había dado el suficiente tiempo para descansar y tenía que madrugar a la mañana siguiente a justificar mi ausencia en el Conservatorio y en el trabajo.

Muy temprano tomé un expreso bien cargado para estar lista para mis nuevos retos: Asumir la figura principal de las Valquirias de Wagner para su estreno en La Scala y ser la mejor, para procurar que el encuentro de esas dos almas ocurra pronto.

Capítulo IV



Uno de esos días en los que llegaba muy tarde de mis ensayos, donde cada día me exigían más, pues el evento para el que nos estábamos preparando iba a ser de renombre mundial y mi participación era la voz principal, la casera me dio un tirón como para volver mis pensamientos a la tierra y como una bofetada me entregó un sobre.

Con su escandalosa forma de hablar, solo pude entender entre su balbuceo que un joven marino, había preguntado por mí y le entregó esa carta.

La apreté tan fuerte entre mis manos y corrí de inmediato a encerrarme en mi habitación. Solo podía ser una carta suya, era su aroma, era su sabor. Pude sentirlo por completo en ese papel.

La carta iniciaba con un “Ko Ari au Ari” que en Maorí significa “Yo Ari soy Ari” y más que una presentación es una declaración de identidad importante para ellos. Había estudiado semanas todo lo que había encontrado acerca de su cultura, pues estaba segura que esta confesión llegaría pronto y debía estar preparada.

Me contó que pertenecía a la tribu Maorí, los aborígenes originarios de Nueva Zelanda. Era hijo del jefe de una de las tribus principales de Tuapo en la isla Norte, que aún conserva todas las costumbres intactas.

Su particular aspecto, se lo debe a que su padre se enamoró de una azafata finlandesa, que fue a pasar unas vacaciones en el Chateau Tongariro, el gran hotel patrimonial cerca del Monte Ruapehú.

En una de las caminatas al borde de su cráter, donde acudían los turistas a observar los glaciares únicos en sus laderas, su madre se encontró con un hombre con más aspecto de oso que de humano, lleno de marcas ancestrales, el ceño fruncido y con una postura desafiante.

A ella nada de eso la intimidó, al contrario, la llenó de curiosidad y acto seguido, abandonó el recorrido de su guía y siguió al grupo de danzantes hasta su Wharenuí, la casa comunal de la tribu.

Cuando su padre descubrió a esa mujer delgada como una rama, con la piel tan blanca como bañada por la luna y con los ojos llenos del mar infinito, no tuvo otra opción que poseerla y fundir su destino en ella.

Ella así blanca como la espumosa leche, le confesó esa noche que también pertenecía a una tribu en Finlandia “Los Sami”. Su padre no podía creer que los aborígenes fueran como ella, así que pasó a mostrarle lo más sagrado para los Maorí: “La Whakapapa”, que describe la descendencia genealógica de todas las cosas vivientes, desde la creación de los dioses hasta la actualidad, tan sagrado que es una muestra del respeto por la creación y el conocimiento de todas las cosas.

En ese momento sin saberlo, lo habían engendrado. Es así como en ese encuentro de pieles tan distintas, pero de creaciones originarias surgió un ser tan increíble como mi Ari, el nombre escogido por su padre que significa Visible y claro.

No tenía recuerdos de su madre, pues falleció al traerlo al mundo, solo una vieja fotografía que lo acompañaba siempre y era de ella sonriendo a orillas del lago Inari en su pueblo natal, contemplando una aurora boreal.

Me contó cómo fue dándole colores a esa imagen gracias a los relatos de su padre, que no permitió que olvidara la belleza y dulzura de su madre.

Día tras día mientras fue creciendo en su pueblo, soñaba con ser un aventurero como su madre, quien a pesar de ser aborigen, se había atrevido a desafiar su cultura, estudiando y conociendo otros lugares del mundo.

A veces le reprochaba en silencio, cómo siendo una mujer de mundo, luego de abandonar la cultura Sami, terminó sus días enraizada en la cultura Maorí de la que él quería huir.

Sí, mi Ari quería dejarlo todo atrás. En sus líneas, me fue narrando como cada vez que tenía que interpretar el Haka para los turistas, una danza tradicional con unos gestos y movimientos particulares, que en tiempos ancestrales se utilizaba para intimidar a los enemigos y hoy en día es parte de diversión, se llenaba de rabia cuando miles de flashes se concentraban en el niño aborigen rubio.

Cuando comenzaron a cincelar su cuerpo para hacer sus Ta'moko, el dolor que sentía debía disfrazarlo con cara de honorabilidad, ya que eso significaban los tatuajes para ellos y cada espiral hecho en sus muslos, pantorrillas, pecho y espalda, daban cuenta de su paso a la adultez.

Ese gran día, su padre le obsequió dos objetos muy importantes para él. Uno es un trozo de cuerno de reno con un grabado del Tuulen Jumala, el Dios del viento Sami, que le obsequió su madre el día que la desposó. Ari lo lleva en su bolsillo derecho y lo aprieta en sus manos siempre antes de un concierto para sentir la serenidad que le produce pensar en su madre.

El otro objeto, es el peculiar colgante que pude tocar la noche que estuvimos juntos. Era el legado de su padre y su cultura. Al ser jefe de la tribu, no podía aprobar que su único hijo se fuera a otras tierras, pero al entregarle el Matau, hecho de Jade con forma de anzuelo, le otorgó secretamente su bendición, ya que este símbolo le otorgaba un pasaje seguro sobre las aguas.

Fue increíble para mí leer y descubrir como todas esas marcas y símbolos fantásticos que me atraparon por completo, para él eran motivo de dolor y de recuerdos que quería abandonar.

Así la noche antes de los preparativos para su boda arreglada, donde debían tatuarle la cara como parte del ritual, huyó del pueblo sin un rumbo definido, sin saber adónde ir o a quien acudir, se montó en un barco pesquero furtivamente y esperó a que arribara a algún puerto para ver que le deparaba el destino.

Su historia me conmovió e hizo que lo amara aún más. Se abrió totalmente para mí como no lo había hecho con nadie y eso era muy especial, ya que me decía cuanto deseaba conocerme y que lo descubriera a él realmente.

Al salir de Nueva Zelanda, como un polizón, se dedicó a escuchar las sirenas de los barcos que se saludaban al pasar. No tenía idea adonde se dirigía, pero en lugar de estar asustado, un aura de emoción lo envolvía.

Así mi Ari comenzó a vivir su propia historia. Lloré al leer cuanta hambre y frío había pasado, casi al punto de creer que moriría, hasta que un día una luz ennegecedora llegó por él y pensó que era el fin de sus días, pero lo que no imaginaba es que al contrario, era el comienzo de su nueva vida. Era el faro de Bradley en Sidney dándole la bienvenida entre la bruma de un triste día gris, pero no para él, para mi Ari, el sol comenzó a brillar antes de rayar el alba y dejarlo abrigado a orillas de la playa.

Me contó como escaló hasta el punto más alto del puente sobre la bahía, para poder contemplar el magnífico lugar que lo había conquistado apenas abrió los ojos y del cual se apoderaría hasta convertirlo en su hogar.

Era una mole de cáscaras de hormigón, cubierta de brillantes azulejos blancos. Una construcción enorme y magnífica como ninguna de las que sus azules ojos habían podido contemplar. Estaba ante la presencia de la famosa Casa de la Ópera.

Al describir como se enamoró de la música y del violín, en cada línea dejaba al descubierto toda su pasión por su instrumento y eso me emocionaba aún más, ya que sus ávidas manos me habían tocado con tal ímpetu como el que narraba en esta historia.

Cuando comenzó a surfear en playa Bondi, en el camino se encontró con un músico callejero bastante peculiar, pues tocaba un instrumento antiguo pero muy fino, aunque algo golpeado por los años.

Se sentó a contemplar las notas que salían de las cuerdas de ese violín, que este hombrecito tocaba de una forma diferente, pues nada de lo que interpretaba parecía a lo acostumbrado en la música clásica. Sus acordes eran de Rock

Ari no pudo despegarse de ese señor, y fue así como ese viejo y embriagado músico, lo introdujo en el vicio del instrumento con un cantino de oro.

Era ilógico pensar que un vagabundo pudiera tener algo tan valioso, además resultó enigmático como enseñó todo lo que sabía a Ari para luego regalarle el instrumento y desaparecer sin dejar huellas, solo en el corazón de mi amado que lo consideró como su guía espiritual y su maestro de formación.

Mi Ari vivió por mucho tiempo en una banca del Real Jardín Botánico, justo en la ladera con vista al puerto y al lado de su sueño dorado, la Casa de la ópera.

Un día cuando se encontraba allí interpretando su violín para ganar algunas monedas, un hombre con un fino traje lo detuvo, lo tomó por el brazo y lo llevó casi a rastras a las puertas de su sueño: Era el director del Conservatorio más prestigioso y antiguo de Sidney que lo invitaba a ser parte su sinfónica.

No podía creerlo, pero mis ojos lo leían de su puño y letra, ese hombre ahora tan reconocido y famoso había vivido escondido en la sala del órgano de la Casa de la Ópera, para luego conquistar todos los escenarios por los que yo tenía que trabajar para alcanzarlo de nuevo.

Capítulo V



Mi vida no podía estar en mejor momento, las cartas de Ari no paraban de llegar, cada vez más llenas de fragmentos de su vida y cargadas de sentimientos por mí.

Yo le respondía de la misma manera para que pudiera conocerme a través de las líneas y me dediqué a esforzarme todo lo que pude para que nuestro próximo encuentro sucediera lo más pronto posible.

Por las mañanas asistía a mis ensayos como soprano principal para el estreno de La Valquiria de Wagner, con una adaptación contemporánea y universal en el escenario más fastuoso: La Scala de Milano.

Mi voz, como la más aguda de la armonía era capaz de alcanzar hasta 3 octavas, convirtiéndome en una soprano dramática con una formidable técnica del Bel Canto, con unos pianísimos agudos y una interpretación desgarradora, que me permitía remontar una orquesta con más de 100 integrantes con facilidad.

Esto me hizo merecedora de interpretar el papel más desafiante para una soprano, el de la Valquiria Brunilda, la doncella guerrera de la mitología Nórdica, que por haber desobedecido las órdenes de su padre el Dios Wotan, fue castigada con un sueño mágico en lo alto de una montaña, protegida por un fuego eterno, hasta que el más valiente guerrero se atreviera a desafiarlo para despertarla.

En esto me parecía tanto a Brunilda. Luego de estar con Ari, sentía como todos mis sentidos habían sucumbido ante él, y mis ojos se habían cerrado en un sueño tan profundo que no podía distinguir a ningún otro pretendiente a mi alrededor y vaya que por el momento estelar en el que estaba, comenzaron a desfilar un gran número de enamorados.

Pero yo, solo tenía ojos para mi Ari. Sentía cada día como cual Brunilda, su pasión me había rodeado con ese fuego eterno donde todos se quemaban al intentar traspasar. Sólo él sería capaz de despertarme del letargo de nuevo y devolverme el ímpetu a través de sus besos.

Por las tardes impartía clases de educación musical a los niños de la Capella Musical del Duomo. Complacía así a mi madre estando tan cerca de nuestra religión y enseñando, tal cual como ella quería.

Los niños asisten luego de sus actividades escolares, a participar en una estricta y demandante formación coral. Para los milaneses, era tan importante cada presentación del coro en la capilla, que cada ensayo implica la misma preparación de un concierto.

Estando en una de mis clases, fui sorprendida por la visita del presidente de la Veneranda Fabbrica, la organización encargada desde hace más de seiscientos años de la conservación y restauración del Duomo.

Este importantísimo señor se acercó a mí para hacerme un pedido bastante inusual, pero que me llenó de orgullo. Quería que lo ayudara a organizar un concierto para recaudar fondos para restaurar a La Madonina del Oro, la aguja Mayor de la iglesia.

Yo encantadísima con la idea, inmediatamente me ofrecí para realizar un concierto de música sacra especial para la ocasión y que sería maravilloso ejecutarlo en la cruz que unifica el Duomo y la Scala.

Esta sería mi consagración definitiva, pues sería transmitido en vivo por las principales cadenas de radio del mundo y sería el evento formidable que me daría a conocer internacionalmente y me acercaría cada vez más a los brazos de mi Ari.

Al finalizar la tarde, corría hasta la Ricordi. No podía dejar de atender la vieja tienda de música, más que por necesidad como al principio, por agradecimiento al ser mi primer sustento, además de ser el lugar donde cobró vida mi alfiletero.

De vez en cuando, me escapaba al subterráneo a reencontrarme con todo ese mundo de músicos callejeros, que me permitían acompañarlos para dejar volar mi imaginación. Con ellos podía interpretar cualquier estilo que estuviera en el ambiente.

Es curioso y gratificante ver como al principio lo hacía por ganar unas monedas y ahora sólo por el placer de sentirme libre y conectarme con la pasión que me ofrecía la música y que nos unía a todos por igual.

El día del concierto inaugural en la Scala, mi madre me envió un enorme baúl dorado. Adentro entre miles de papeles de seda se encontraba envuelto un fastuoso vestido de terciopelo negro, recamado en flores con hilos de plata, bordadas a mano y una estola a juego. Lo más hermoso del hecho, es que fue confeccionado totalmente por sus manos, quién más conocería mis medidas con tal perfección.

Inmediatamente descarté el traje de alta costura que me habían enviado para ponerme el de mi madre y sentir el abrazo de mi familia en el escenario. Ahumé mis ojos y los delineé dramáticamente, resalté mi blanca piel con polvos iridiscentes y mi boca se vistió de un carmín escandaloso.

Recuperé la forma rizada de mis dorados cabellos, que habían sido bañados de rojo y los dejé libres e indómitos como nunca, para que se adueñaran del escenario. Solo unas alas de oro les pusieron orden a esos rebeldes, haciendo juego con el peto forjado especialmente para mí, lleno del brillo de los diamantes que formaban un Vegvisir, la antigua brújula vikinga que inspiraba perseguir los sueños sin perder el camino. Me trepé en mis zapatos tan altos, que mi metro ochenta creció hasta los dos metros desafiando las leyes de la gravedad, para mantener en pie tan espectacular monumento.

Al comenzar los destellos de las líneas de luz y las modernas proyecciones en el escenario, me subí a mi corcel Grane, recreado por el imaginario contemporáneo y dirigida por el prodigioso maestro Danielle, sumergí al crítico público en mis agudos desafiantes, interpretando el clamor de la valquiria Brunilda, pidiendo misericordia a su padre en un dramático Mi mayor.

El público desgarrado enardeció el escenario entre aplausos y ovaciones y yo envuelta entre el velo de la fama y la fastuosidad, solo podía pensar en mi padre enfermo para aquel momento, razón por la que mi familia no se encontraba en primera fila.

Él que me enseñó desde niña los principios del Bel Canto y me introdujo en este mundo tan fastuoso y exagerado, estaría más que orgulloso al ver a su estrambótica pequeña triunfando en el escenario más codiciado por un artista de este nivel.

Tras dos horas de concierto, nos dirigimos a la recepción para homenajearnos. Champagne por doquier, periodistas acechando con preguntas, flashes de cámaras hasta el amanecer, sonrisas embriagantes intentando complacer y yo con el único deseo de irme a estar a solas con mi alfiletero.

Mucho antes de entrar a mi habitación sentí el fuerte olor que sólo las rosas producen. Allí en la puerta de mi cuarto estaba un ramo con rosas aterciopeladas, de un vino tan oscuro que en la penumbra parecían ser negras con una nota sostenida por sus espinas.

Al desdoblar la hoja dejé escapar mi último esbozo de aliento. Sólo decía “E hine e hoki mai Ra” que significaba niña mía vuelve a mí. Al apretarla entre mis manos hasta volverla casi trizas pude sentir como se separaba otro trozo de papel.

Era tan suave que casi llegué a rasgarlo, pero tuvo un increíble valor para mí. Era la invitación para viajar a Sidney a la gala de conciertos del Teatro de la Ópera como parte de la gira de Las Valquirias. No podía creerlo, en unos meses volvería a estar con él.

Al pasar los días entre conciertos de ópera y ensayos para la gran gala del Duomo, todo estaba preparándose para tan fastuoso evento.

Reporteros de todo el mundo se instalaron en Milano para estar en primera fila. Camarógrafos, músicos ilustres y personalidades de renombre fueron desfilando uno a uno sobre la gran alfombra dispuesta para recibirlos esa mañana de Mayo.

Para esa ocasión, me atavié con un esmoquin blanco tan femenino pero a la vez tan desafiante para las leyes de la moda y de la gala, como complemento, me coloqué una gran cruz de rubíes que cubría la mitad de mi pecho, tan estrambótica como la dueña. Era mi tesoro. Me la había enviado un afamado joyero de Parma, para usarla en aquella ocasión como parte de sus plegarias.

Pero indudablemente, el accesorio más nombrado ese día por la prensa fue mi alfilerero. Ese que jamás me quito y el que habían tomado en cuenta algunos en la gala de La Scala, pero que ahora al estar ante las luces del mundo, en un evento tan formal del cual iba a ser protagonista, les impactó que yo usara un viejo muñeco con alfileres, al que consideraron sacrílego.

Bastó que abriera mis labios para comenzar a interpretar en latín el “A Mortuis Resurgiré” de Grundman, donde debía aplicar todas las técnicas del Bel Canto, significando un nuevo desafío para mí voz, todos se olvidaron del extraño objeto y quedaron encantados con el canto lírico que llené de coloratura y sobreagudos para acompañar a los ángeles del coro que descendían del techo por la fachada gótica de mármol, como si volaran, para jugar con el dramatismo descrito en el evangelio.

Resultó todo un espectáculo para la recaudación del proyecto Vivil Duomo, otro punto favorecedor para la crítica mundial y para darme a conocer aún más antes de la gira y de inmortalizar mi nombre en el mundo de la ópera.

Deseaba tanto ir a mi casa antes de viajar, pero todo fue tan rápido y vertiginoso que sólo pude prometer a mi madre que iría apenas pusiera un pie de nuevo en Italia,

Mi primera presentación fue en el Teatro Metropolitano de Nueva York. Dos semanas con lleno total, las críticas y las entrevistas todo un éxito, las recepciones y homenajes no paraban, llevándome por toda la cosmopolita ciudad y yo con ganas de correr para poder terminar.

No crean que no disfruté la atención, ni el maravilloso lugar, es solo que mi corazón, aunque emocionado por mi triunfo, deseaba que el tiempo pasara para llegar a su verdadero hogar.

Pekín y su Teatro Nacional me recibieron como a una celebridad. Fueron los más atentos e interesados en mi bienestar, tanto así que me entregaron las llaves de la ciudad, recorriendo lugares increíbles y llenos de tradición. El éxito fue tal que se extendieron los conciertos una semana más de lo pautado

La algarabía del público de La Zarzuela de Madrid fue estremecedora. Todos querían entonar las notas de las Valkirias. Los programas del corazón no paraban de especular sobre mi vida y mis relaciones, ya que hasta el momento era poco lo que se conocía acerca de mí.

La primera presentación en el Royal Ópera House de Londres estuvo llena de majestuosidad. El palco principal estuvo presidido por la Reina y su consorte. Muchos royalties comenzaron a coquetearme, llenándome de regalos e invitaciones sin éxito, pues nadie conocía mis verdaderos sentimientos.

El difícil público del Teatro Bolshöi de Moscú sería todo un reto, pues la sociedad Rusa es quién financia todo lo que tiene que ver con el espectáculo en la actualidad y está orientando sus gustos a puestas en escena más radicales. La aceptación de nuestra Valkiria fue apoteósica, ya que mezclaba la tradición con la vanguardia, convirtiéndome en una soprano extranjera de renombre.

Gente, países, viajes, culturas y tradiciones dentro de una maleta llena de recuerdos y emociones. Ahora sí todo listo para mi última parada en el itinerario y el lugar de encuentro de dos almas.

Capítulo VI



Mi corazón no paraba de latir al estar sentada en el avión rumbo a Sidney. Por fin un momento de sosiego para concentrarme en lo que tanto había deseado: mi reencuentro con Ari.

Había comprado tantas cosas para él en todos los lugares que visité, que tuve que llevar otra maleta sólo de obsequios, ya que en cada lugar y cada parada, le agregaba otro pedazo de mi vida para tenerlo presente en todo momento, pero lo que más anhelaba entregarle era mi cuerpo y mi alma de nuevo.

Cuantos trataron de conquistarme, otros tantos de descubrir quién era el dueño de mi corazón. Pero yo mantuve firme nuestra promesa en las cartas, de esperar a volver a vernos para hacer pública nuestra relación, ya que ambas carreras se encontraban en ascenso y cualquier mala interpretación podría detenerlas.

Caí en un sueño profundo y reparador, de esos que no había podido disfrutar en los tres meses de la gira. Al despertar con el ofrecimiento de la azafata de un aperitivo, me puse a hojear una de las revistas que ofrece la aerolínea para conocer un poco lo que ofrece la ciudad.

Al abrir la revista me topé con la foto de un artículo que cambió mi semblante por completo. El titular decía “Nuestro violinista estrella encuentra el amor” y en la foto estaba mi Ari tomado de la mano de una hermosa mujer, de esas que parecen haber salido de un certamen de belleza.

Sentí como me atravesaba el dolor infringido por el arco de su violín en mi pecho. Las horas más amargas se hicieron eternas para poder descender de ese avión, tanto así que pensé en esconderme y no bajar de él para evitar mi sufrimiento.

Traté de calmarme y sólo podía apretar fuertemente a mi alfiletero, como reclamándole aquella traición al atravesarlo con sus alfileres, sin llegar a sentir que los estaba enterrando también en mi muñeca.

Tuve que lavar mi cara varias veces antes de llegar a tierra, pues el negro de mi maquillaje invadía mi rostro sin detenerse cada vez más por el sollozo ahogado de mis lágrimas, pues yo, la soprano lírica del momento, con la voz más aguda y prodigiosa, tuvo que callarla para no ser descubierta.

Bajé del avión como quien quería huir del lugar, pero los flashes y la persecución de los periodistas no me lo permitieron. Mi cara desencajada fue explicada por mi agente como producto del cansancio y del jet lag, así que me permitieron dirigirme directo al hotel, desde donde se podía contemplar la casa de la Ópera en todo su esplendor y yo sólo quería verla hundirse en el mar con Ari y esa mujer adentro.

Fueron horas y horas de llanto, tratando de contestar las preguntas que me asechaban, el por qué continuó enviando cartas, si mi retraso en Pekin fue el causante de no esperarme, si existía antes de conocerme, de cómo se burlaría de mis kilos cuando acariciaba el cuerpo de aquella sílfide.

Ya no podía postergarlo más. Lo inevitable debía pasar, pero jamás permitiría que me vieran destruida. Debía acudir a conocer el teatro y a un homenaje que tenían preparado para mí antes de iniciar la semana de ensayos para el estreno. Apreté lo más que pude un Corsé de terciopelo color vino, mis rizos ahora azules, fueron estirados hasta más no poder, tal cual como lo hacía mi madre, hasta achinar mis ojos dramáticamente maquillados para casi no poder parpadear, me trepé en mis stiletos negros y me envolví en mi estola dorada y sólo me coloqué mi alfiletero, para sentirme protegida en aquel lugar.

Era obvio que él estaría allí, seguramente acompañado de esa mujer. Me cansé de imaginar cómo sería nuestro encuentro cuando él llegaría por mí al aeropuerto y me apartaría de todo y de todos para hacerme suya en cualquier rincón. Pero no, todo fue producto de mi imaginación, ahora sólo vería al violinista principal de la orquesta de Sidney como un músico más que acompañaría mis espectáculos.

Al entrar al teatro, una fila interminable de músicos me recibió de pie acompañados por sus aplausos. Eran todos los integrantes de la Orquesta sinfónica, bueno casi todos, porque el primer violín no estaba en su lugar.

Inmediatamente me llevaron a uno de los bares del teatro, que habían acondicionado para el evento. Todo era brillo, luces por doquier que me llegaron a encandilar. Por primera vez, sentí que la música me aturdí y con la excusa de refrescarme, salí como huyendo del lugar a buscar un refugio momentáneo donde pudiera llorar.

Corrí todo lo que pude entre granito rosa y madera. Mi nublada vista y mi torpeza al caminar, me llevaron directo al suelo, del que fui casi arrastrada semiinconsciente hasta el salón del órgano.

Como no verlo, si era el más grande e imponente de la historia, el que todos me habían encomendado conocer y visitar. Al abrir bien mis ojos, no pude evitar tratar de gritar con toda mi ira al ver el rostro del hombre que me llevó a aquel lugar, pero sus labios ya estaban sobre los míos succionando con su lengua todos mis alaridos increpantes

Era él, era Ari quien me asechó desde las sombras de la que era su casa y que conocía por completo, hasta tenerme desvalida para arrástrame a su guarida tal cual como lo hizo con mis sentimientos.

Intenté incorporarme, pero ya su cuerpo estaba sobre el mío, y aunque yo era más pesada, su fuerza masculina y su pasión desbordante no me permitían moverme más que al unísono de los incesantes movimientos de su cuerpo.

Mi única arma eran mis afiladas uñas, que comencé a clavar en su espalda, pero en lugar de herirlo, sólo lo hacía gemir y mis manos como si recibieran órdenes, pasaron de tratar de hacerle daño, a acariciar cada una de las marcas de su piel, las que memoricé desde el primer día.

Sí, sucumbí ante sus deseos, ante su pasión ante sus besos. No logré resistirme y mi ira, totalmente desenfocada, se rindió ante las caricias de aquel hombre, que me desarmó por completo. No pude evitarlo, su intensidad me descontroló totalmente y mi corsé tan apretado, parecía deshilacharse ante sus ávidas manos.

Al penetrar mi cuerpo, como el vaivén de las olas que contemplé sobre el océano, se produjo un estruendoso estallido de un orgasmo sin fin, que nos acompañó hasta hacerlo sentir a él toda mi furia y excitarlo al punto de desbordarme con todo su caudal al bañarme en sus aguas, que se mezclaron con las mías y se volvieron un solo sentir una vez más.

Yo, la que llegó a Sidney queriendo asesinarlo, estaba envuelta entre sus cabellos, acariciándolos sin parar, ordenando aquellos hilos de oro, que había enredado entre mis dedos para aguantar sus vaivenes.

Cuando mis sentidos a medio reaccionar, recordaron el motivo de mi ira, me levanté de un zarpazo y desdoblé la hoja que había arrancado a la revista del avión, esa que escondí tras mi alfiletero y que me permitiría encararlo.

Mis reclamos sacaron toda la fuerza de mi voz, parecía que el gran órgano sonaba dramáticamente para acompañarlos. Ari como pudo me dominó, tomó el papel en sus manos y comenzó a leerlo.

El artículo al que no tuve el valor de leer, hablaba de cómo el violinista más afamado de Australia, por primera vez había abierto su alma y su corazón en una entrevista, para contar como en su viaje a Italia, había conocido a la mujer de su vida, una soprano lírica con la que sólo tuvo un encuentro y con la que se comunicaba por cartas, que solo soñaba con el día que su gira la trajera a Australia para poder tenerla de nuevo a su lado. La fotografía era del día que acompañó a su mejor amiga al funeral de su padre y que los paparazzi habían usado por mucho tiempo para vincularlos y especular.

Mis oídos no podían creer la traición que le hicieron mis ojos. Los celos me cegaron a tal punto de no haber leído el artículo en el que hablaba de mí, en el que dejaba de lado el halo de misterio que siempre lo envolvía y le permitía saber al mundo que se había enamorado.

Entendí por qué tanto interés de la prensa y los fotógrafos en el aeropuerto. No era sólo por mi llegada, sino por encuentro entre los dos, del que salí huyendo sin saber que él me esperaba y por el que decidió asecharme oculto esa noche para entender mi distancia.

Sólo pude llorar de nuevo, como si interpretara el triste Lamento de Dido, pero sus labios comenzaron a borrar cada una de mis lágrimas con sus besos y mordisqueando mis redondos cachetes, volvimos a hacer el amor. Cual Radamés y Aída, en la ópera de Verdi, fuimos enterrados vivos, pero no en una tumba como ellos, sino en el cuerpo del otro, haciendo lo imposible por estar juntos, hasta estallar al unísono en un solo clímax.

Las horas pasaron sobre el gran órgano, único testigo de aquel encuentro interminable, mientras que los del festín preocupados al principio por mi desaparición, repararon al escuchar el eco de nuestros gemidos, que al fin nos habíamos encontrado.

En la madrugada, traté de escabullirme sigilosamente antes que nadie llegara al lugar, pero Ari no lo permitió. Me dijo que no debía sentir vergüenza por demostrarnos el amor que profesábamos el uno por el otro y que todos sus amigos músicos, toda Sidney y sin exagerar toda Australia quería ser testigo de ese momento.

Así que aguardé en sus brazos hasta el amanecer, cuando en un salón lleno de rosas nos esperaban todos los músicos y los periodistas para anunciarle al mundo la gran noticia, el reencuentro de dos almas que no volverían a separarse.

Como pudimos, pues estábamos cansados por la intensidad de la noche, respondimos todas las preguntas acerca de nuestra relación y de lo que planeábamos para el futuro, pues sí sólo una noche bastó para tener claro que no debíamos separarnos nunca más y mucho menos dudar de nuestro amor.

Las felicitaciones iban y venían y nosotros, comiéndonos con los ojos, solo queríamos salir corriendo de allí para seguir consumando nuestro amor, pero les debíamos a todos el compartir nuestra dicha, después de haberse preocupado por mi desaparición.

Al mediodía nos permitieron salir del teatro. Ari se vino conmigo al hotel. Entramos a la habitación y casi por inercia caímos desplomados uno sobre el otro en la cama. Dormimos con el sueño ligero, por el temor que producía despertar y que no fuera real, pero bastó un beso de su boca, para confirmar que Ari estaba allí y que todo era cierto.

Al caer la tarde, nos dimos un baño reparador en la sensual tina y como quien no quiere dejar de amarse, nos hundimos en ella a hacer el amor sin cesar, luego nos arreglamos rápidamente para ir a cenar.

Ari me llevó a un lugar mágico. Subimos a la torre de Sidney en unos ascensores de alta velocidad, aún recuerdo el vacío en el estómago que me produjo, nos conducían a más de 260 metros de altura. Allí se realiza un tour sobre una superficie transparente con trajes especiales y arneses para sentir que caminas sobre el cielo de la ciudad, pero Ari me tomó de la mano corriendo, como desafiando la gravedad, para atravesar todo el lugar sin ninguna protección y besarnos por todo el recorrido.

Yo sentí la adrenalina a millón pues pensaba que por mi peso iba a hacer estallar la superficie, pero bastó tener sus labios sobre mi boca para disfrutar aún más el recorrido.

Después de toda esta locura y disfrutar de las vistas en el espectacular mirador, bajamos al restaurant donde las sorpresas no se detuvieron.

Mientras nos deleitábamos con la cena, champagne y langosta para celebrar y seguir erotizando nuestros cuerpos, el silencio fue interrumpido por el estruendo de una trompeta, violines y un guitarrón. Era música mexicana a cargo de un grupo de mariachis al que Ari contrató especialmente para cumplir mi sueño de niña, tal cual como le conté en las cartas.

No podía creerlo. Terminé mi noche mágica cantando a dúo las viejas canciones que mi padre me enseñó desde pequeña. Ari tomó el violín y comenzó a improvisar junto a ellos, regalando un espectáculo para los presentes y dando un titular exclusivo para la prensa al día siguiente.

Como dormir esa noche sin dejar de amarnos, como no quemar nuestros últimos cartuchos de energía fundiendo nuestros cuerpos hasta ver otro amanecer. La luna nos descubrió amándonos y dejó que el sol nos despertara con su calidez sobre nuestros rostros.

A la mañana siguiente, una ducha rápida y directo al teatro para cumplir con nuestros ensayos. La temporada de conciertos estaba a la vuelta de la esquina y nuestra pasión debía enfocarse ahora en nuestro trabajo, Ari a dar lo mejor de sí para interpretar su violín y yo enfocada en recuperar el tono de mi voz luego de tantos excesos.

Fueron días interminables pues no podíamos vernos casi hasta el anochecer, cuando llegábamos a mi habitación tan cansados que sólo nos daba tiempo de besarnos hasta abandonar nuestros cuerpos sobre la cama para recuperarse de tanto esfuerzo. Esa es la vida del músico y su ardua preparación para un concierto.

Al culminar los ensayos, en vísperas del estreno, el exigente director nos regaló a todos tres días de descanso, a los que Ari ya le había puesto itinerario, para desaparecer del bullicio de la ciudad y del acoso de los paparazzi.

Llegamos al pueblo de Kaloomba para abordar el ferrocarril y así adentrarnos en las profundidades del bosque de eucaliptos de la Montaña Azul, cubierta por la neblina azulada que produce el vapor de los aceites emanados por los árboles. Acampamos dentro de las Cuevas de Jenolán, donde la piedra caliza más impresionante de Australia fue testigo de mis gemidos y sus ríos subterráneos parecían verterse dentro de mí a través de Ari.

En nuestra siguiente aventura, tomamos un crucero para llegar a la isla Middle y luego en un bote más pequeño pudimos llegar a la playa para descubrir ante mis ojos la maravilla del rosa del lago Hillier, con un color que se asemeja al chicle, que contrasta con el azul del océano que se encuentra a pocos metros.

Mi Ari, luciéndose ante mis ojos haciendo kitesurf y yo tomando fotos increíbles en ese lago colosal, donde nadamos desnudos para que cada vez que lo deseáramos pudiéramos sentirnos, sólo el bosque denso de melaleucas nos protegía ante la vista de los vuelos panorámicos sobre el lugar.

Fueron tres días mágicos, donde nos entregamos al amor y sus delicias, a la exclusividad que nos ofrecía una relación y a soñar con un futuro incierto, pero lleno de grandes planes juntos.

Al iniciar la temporada de conciertos, la primera gala fue todo un éxito. Noche tras noche un traje negro más espectacular que el otro vestía mi cuerpo, el público nos aclamaba y se ponía de pie con mayor efusión, cuando al finalizar el concierto, el primer violín de la orquesta se levantaba de su lugar y corría hasta el centro del escenario para encontrarme y darme un beso.

La última noche, a casa llena y con todas las emociones que implicaba culminar mi gira, mi hermano Vittorio llamó después de un largo tiempo sin saber de ellos. Oh! Dios, que descuido el mío. Bastó que sólo dijera ven y colgara, para entender que algo no estaba bien con mi enfermo padre.

Esa noche durante todo el concierto lloré. No recuerdo una ejecución más dramática que esa, pues las lágrimas negras caían por mi rostro hasta el cuello para disolverse en mi vestido y mis agudos se volvieron más intensos cual lamento.

El público poseído me aplaudía cuando lo que yo más deseaba era estar corriendo al aeropuerto para llegar a tiempo. ¿A tiempo para qué? me preguntaba, con una única respuesta que sólo me hacía llorar con mayor intensidad.

Despedirme de Ari no fue fácil, pero nos hicimos tantas promesas, que sabíamos que al regresar él de su gira que estaba por comenzar, iría al lugar donde me encontrara para rescatarme y poder cumplir el designio que nos había marcado el destino.

Capítulo VII



El camino a casa en lugar de ser el momento más placentero, se me convirtió en amargo. La palabra ven de Vittorio me reveló lo que yo más temía, que no llegaría a tiempo para despedirme de mi padre.

Llegué a Ortigia en el tren de la madrugada, sólo bajé y recorrí las oscuras calles arrastrando mis pesadas maletas sin pensar en ir a casa, realmente sin pensar en nada más que ir directamente al hospital. Las ruedas y mi lento caminar, despertó a medio pueblo que pasó del susto a la pena de verme así, pero nadie se atrevió a acompañarme en mi silencio.

Al llegar al hospital, atravesé la puerta de la emergencia como si fuera la dueña del lugar, eran las tres de la mañana, cuando encontré a mi madre desfallecida en los brazos de mi hermano, mientras mi padre cubierto por una sábana estaba rodeado por tres hombres que parecían sus reencarnaciones.

Mi profundo dolor me hizo sucumbir en un espeso llanto, que me dejó ver a un alma en vilo que atravesó corriendo todo el pasillo hasta desplomarse en el pórtico trasero del hospital.

Sin poder siquiera tocar a mi madre corrí tras esa sombra hasta verla con su mirada perdida y su silencio espectral. Era una mujer con la que al apenas cruzar la mirada, supe que era mi hermana al igual que aquellos hombres que lo rodeaban.

Mi padre, un hombre maravilloso, al que nos gustaba decir que tenía un corazón tan grande como su cuerpo, para explicar sus aventuras y desventuras, como su primer matrimonio de donde nacieron Riccardo quien era empresario en su Roma natal, Luigi mecánico de la scudería Ferrari y Raffaele quien era un afamado cheff.

Cada uno parecía haber salido de una etapa en la vida de mi padre, los tres tenían la edad para habernos engendrado a Vittorio y a mí, pero no, eran nuestros hermanos.

A Rita, mi hermana, unos 10 años mayor que yo, puedo decir que desde esa primera mirada nos hicimos inseparables, parecía como si habíamos estado juntas desde el día en que nació. Ella, producto de un amor fugaz de mi padre con la dueña de una librería de Venecia, siempre estuvo a nuestra sombra, presente a través de cartas y fotos. Amaba a mi padre como una niña y su lamento se unió al mío al unísono como un par de sirenas al amanecer.

Mi Vittorio, era tal cual un retrato de padre a su edad. Con su alma de niño, el consentido de mi madre se había convertido en un programador de computadoras en Canadá. Yo de eso no sabía mucho, pero lo que sí sé es que sin tener que decirnoslo, nos amábamos como una sola alma. Nuestros abrazos eran contados, casi inexistentes e imperceptibles, sólo ocurrían la noche de fin de año, pero ese día nos abrazamos como para nunca separarnos, nos bañamos con el bálsamo que dan las lágrimas de los hermanos.

Ver a sus seis hijos juntos era el sueño de mi padre, siempre nos lo decía, pero en este triste momento sepulcral, bajo el ritmo de su querido Enrico Caruso, con quien comparaba su físico por tener un hoyuelo en la barbilla como el tenor, lo despedimos los seis, lo despidió toda Ortigia en nombre de toda Italia.

Mi madre, de negro duelo, desencajada y en un rincón, con una viudez lapidaria preparó seis bolsitas con discos y unas pocas pertenencias de mi padre, para que cada uno llevara a su destino un pedacito de su gran corazón, como muestra de su presencia.

Rita decidió pasar un tiempo con nosotros, para conocernos mejor y aprovechar el paisaje que ofrecía nuestro pueblo para inspirarse pues era escritora. La enseñamos a dormir con nuestros perros, ya que nunca había tenido una mascota, hicimos muchas manualidades guiadas por mi madre quien la tomó como una hija más.

Le confié a mi hermana mi corazón, toda mi historia con Ari y el punto donde estábamos, ella como buena hermana mayor, se convirtió en mi cómplice, mi protectora y mi mentora. Mi padre solía decirnos que ella sería la capitana de nuestro barco, en su sueño de llevarnos a navegar.

Rita me regaló mi primer tatuaje, uno muy discreto sobre la muñeca para cubrirlo con el grueso brazalete de cuero de mi alfiletero, para que mi madre no lo descubriera, al igual que la barra metálica con la que atravesé el pabellón de mi oreja izquierda, por el que tuve que peinarme del mismo lado por días para cubrirlo, pues aunque yo ya era adulta y toda una estrella, ella de tan severo carácter y tan estricta formación, jamás me perdonaría tal acto de rebeldía.

De hecho, nuestra relación luego de mi llegada era un poco distante. Al principio asumí que era por su dolor, pero luego me di cuenta a través de sus serpenteantes miradas y su tono adusto al hablar, que todo era por los comentarios de mi relación con Ari.

Al pasar unos días en un paseo matinal a la playa, comencé por decirle a Rita que había pasado la noche un poco mal y que asumía se debía al hecho de haber tomado unas copas de más. Como no hacerlo, cuando las calles de la isla llenas de tranquilidad, en la noche se ven perturbadas por el bullicio que se contagia en el buen ambiente de los bares que te invitan a disfrutar la velada.

Mi hermana, con un poco más de años y experiencias, me miró con incertidumbre y me realizó la pregunta que lo cambió todo. Mi hermana me preguntó que si estaba embarazada. ¿Embarazada yo? Mi malestar se convirtió en angustia, por mi futuro en la música, por mi relación con Ari, pero sobre todo por como se lo revelaría a mi madre si esto fuera cierto.

Dejamos el paseo de lado y rápidamente nos dirigimos al hospital, para hacerme la prueba que me dejaría desarmada, tenía unas cuantas semanas de embarazo y con Ari de gira por América, no sabía qué hacer ni cómo enfrentarlo.

Mi hermana tomó el control de la situación y sin darme tiempo siquiera de asimilarlo, como la capitana del barco que comenzaba a navegar en mi vientre, fuimos al encuentro de aquella severa mujer que sería abuela de una hija sin matrimonio.

Reunidos los cuatro, Vittorio mi madre, ella y yo sobre la mesa del comedor, soltó la noticia, que cayó sobre mi madre como un ciclón. No pronunció una palabra por horas, haciendo el momento eterno. Su cara se transfiguró y la rabia se marcó en el verde de sus ojos.

Nosotras muy asustadas por su reacción no sabíamos que decir, gracias a Dios Vittorio rompió el silencio y pronunció el discurso más elocuente que le había escuchado en años.

Mi madre les pidió dejarnos solas y comencé a temer por mi vida, ya que imaginaba la paleta de madera partirse sobre mi cabeza con toda su furia, pero solo alcanzó a jalarme por la oreja, justo la que tenía la barra que con tanto trabajo había escondido de ella.

Fueron días interminables llenos de reclamos, llanto, silencios y desprecios, de acusaciones injustas por mis actos inmorales y de la incertidumbre ante la posible reacción de Ari, del que ni siquiera podía mencionar frente a mi madre para no desencadenar de nuevo su malestar.

Mi hermana me aconsejó llamarlo inmediatamente, pues estaría casi un año de gira y debía conocer la noticia antes de que la prensa lo descubriera, yo sólo pensaba en que su reacción sería la que definiría que hacer con esta situación.

Yo no era buena manejando las sorpresas y mucho menos cuando la ansiedad me ganaba lugar, así que al apenas escuchar su aló como respuesta, le dije entre sollozos que estaba embarazada.

Respiró profundamente, tan profundo que sentí que me aspiraría por el auricular, pero al pronunciar solo una frase: “Te Amo” sentí como mi cuerpo se llenó de vida y encontré la fortaleza para enfrentar toda esta avalancha de sensaciones que se me venía.

Día tras día, llamada, tras llamada, mi cuerpo iba redondeando aún más sus formas, era como si la luna se había adueñado de mi vientre y de menguante pasó a creciente.

Mi hermana regresó a su hogar, pues su esposo y su hijo la aguardaban, gracias a Dios Vittorio se quedó unos días más, pues la furia de mi madre no cesaba y aunque muy emocionada como cualquier nona italiana, no paraba de reclamarme mi falta de decoro, como ella lo llamaba. Lloré cada noche de mis nueve lunas y cada día de mis nueve soles. No había momento en que no me recordara mi acto inmoral y la vergüenza que le causaba a la familia. Mi hermano trataba de defenderme, pero aún a nuestra edad, un paletazo podía volar por nuestra frente.

Al descubrir que tendría una niña, era indudable el nombre que escogería para bautizarla. Se llamaría Marama que significa Luna en Maorí, porque siempre había estado presente en mi vida, con su tenue luz fue testigo de nuestro primer encuentro y así podía homenajear a sus ancestros llamándola como la luz del mundo en su idioma.

La gira de Ari obtuvo un éxito vertiginoso en Estados Unidos, tanto así que tuvo propuestas para quedarse a grabar un disco y hasta una película como protagonista. Yo tenía tanto miedo de que se olvidara de nosotros cegado por el éxito y la fama ya que estaba en su mejor momento, pero él nos sorprendió con su llegada, tan deseada pero inesperada.

Una tarde nuestra hija comenzó a moverse en mi vientre de una manera tan vertiginosa coincidiendo con los toquidos de unos nudillos sobre la puerta, que sentí miedo pues parecía algo sobrenatural queriendo expandirse en mi estómago.

Me incorporé como pude y me dirigí al pórtico, cuando avisté la figura mil maletas acompañadas por el estuche de un violín y mi Ari junto a la verja.

Así pude entender la emoción de mi vientre, cuando él sollozando se arrodilló a su altura y como todo un caballero besó a su pequeña princesa a través de mis telas. La misma sensación tuve yo, cuando su beso se apoderó de mis labios y sus brazos ya casi sin poder rodearme me levantaron en vuelo.

No sabía qué hacer más que ofrecerle pasar, con el temor de estrellarlo frente a los ojos atónitos de mi madre, pero para mi sorpresa, ella con su férrea educación, saludó, estrechó su mano y se dedicó a preparar unos deliciosos manjares de nuestra gastronomía.

Mientras Ari y yo sólo podíamos comernos con la mirada, tuvimos que conformarnos con hablar de todos los detalles para ponernos al día, pues la mirada de mi madre nos vigilaba desde el mesón de la cocina.

Tomó un conejo del patio y lo despresó en su honor para prepararlo “alla stemperata”, que era su especialidad. Platos iban y venían uno mejor que el otro a los cuales Ari no podía resistirse. El desgastándose en elogios, solo sacaba la palabra gracias de la boca de mi madre, jamás una sonrisa de aprobación.

Mientras disfrutábamos de unos ricos Buccellati, con la naranja confitada por meses al igual que los higos secos y las uvas pasas, especialmente preparados para elaborar estos deliciosos mazapanes, Ari enfrentó a mi madre y tras conseguir la aprobación de Vittorio pidió mi mano en matrimonio.

Yo pensé desfallecer pues cuando ese hombre sacó de su bolsillo, aquel pequeño trozo de cuerno tallado que pertenecía a su madre y que siempre llevaba consigo como un tesoro para entregármelo como promesa de amor, no pude sino comenzar a llorar y decir sí entre sollozos.

Mi madre consideró este momento como un acto pagano y sólo dijo sin dejarnos opción que iría inmediatamente a hablar con el párroco de la catedral de Siracusa, para que oficiara nuestra boda eclesiástica, porque si no ese compromiso no tendría sentido.

¿Una boda? Que mujer no sueña con una, el gran vestido, las flores. Que tu amado te espere en el altar mientras vas del brazo de tu padre a su encuentro, en este momento, a punto de dar a luz y con mi padre ausente, no lo consideraba una prioridad, pero si esa era la manera que mi madre aceptara a Ari, se haría todo a su voluntad.

Capítulo VIII



La mezcla de sentimientos era indescriptible aquella mañana de primavera. Mi vestido dispuesto sobre mi cama era justo como lo había soñado, bueno casi, ya que no pudo ser negro, pero me encargué de que sí lo fueran todos sus detalles bordados.

Estaba todo lleno de finos encajes negros que formaban exquisitas flores y resaltaban las redondeces de mi cuerpo. Los cristales lo hacían resplandecer por toda la habitación, lo que haría imposible que alguno de los asistentes pudiera quitar su mirada de mi abombada silueta.

Mi madre jaloneó mi cabello arcoiris con tanta fuerza como cuando era niña, logrando ese efecto achinado en mis ojos, los cuales por primera vez maquillé sencillamente, pues sabía que sería inevitable para mí llorar.

Rosas confeccionadas en lentejuelas negras y unas plumas de pavorreal, fueron parte de mi tocado, que coronó mi ajustado moño, dándome la altura que esta vez mis stiletos no pudieron, pues por mi gravidez, unas simples ballerinas fueron las guías de mis pasos.

Los zarcillos azules que me prestó mi madre, la cruz de rubíes que envió el joyero de Parma y un rosario de piedras preciosas hechas rosas que elaboró especialmente para la ocasión, acompañaba mis manos reemplazando el típico bouquet.

Por supuesto que mi objeto máspreciado estaría sobre mi muñeca. No me importaba el que dirían las amistades ni los curiosos que seguro irían a la catedral, mucho menos los papparazzi ni el resto de la prensa que sorprendió a Ortigia atestando la pequeña ciudad, mi fiel alfilerero se engalanó sobre su brazalete de cuero, renovó las doradas hebras de su cabello y una pequeña rosa roja de cerámica que elaboré decoraba el bolsillo de su traje.

Lo vi contemplarme en silencio como tantas otras veces y lo besé sin temor de sentir las púas de sus alfileres a las que le había puesto unas diminutas perlas para que pareciera más refinado aún, como si no bastara con su estampado cuerpo.

Por primera vez el llegar tarde no sería reprochable para nuestra familia, pues era costumbre de las novias, pero mientras Vittorio nos esperaba en el viejo Giullietta de mi padre, mi madre me detuvo ante el portón, me miró profundamente con esa mirada que solo ella podía darme y contemplé como se clarificó el verde intenso de sus ojos, y con ese gesto sentí su bendición, un mágico momento interrumpido por el incesante claxonear de la bocina del auto.

Al llegar a la catedral y de la mano de Vittorio comenzar a ascender por aquellas escalinatas llenas curvas que asemejaban las olas en una onda de agua, comencé a sentir las miradas de todos los que nos acompañaban. Curiosos, la prensa, los flashes interminables, la familia y unos cuantos amigos comenzaron a agolparse en la entrada casi impidiéndome pasar.

Sentí un poco de miedo y vergüenza por mi estado de gravidez pero alcé la mirada para evitarlos a todos y me concentré en la estatua de la virgen María, embarazada del Niño Jesús con las manos sobre su corazón que está en lo más alto de la fachada y sentí alivio con su presencia y su bendición ante mi estado.

Al cruzar las enormes columnas de la catedral, sentí como si la diosa Atenea, antigua dueña de este templo que aún conserva sus columnas, se apoderara de mí y transmitiera toda su fortaleza y su poder para comenzar a caminar hacia el altar.

Esa fortaleza se derrumbó cuando vi a cada uno de mis hermanos alineados entre los círculos del piso de mármol, sumándose a nuestro recorrido. Era como si mi padre se hubiera multiplicado para hacerme una coraza protectora y regalarme su presencia hasta entregarme a Ari.

Mi Ari, ataviado con su mejor traje, su cabello en orden pero con ese desenfado que lo caracteriza, me esperaba al frente. Mi hermana lo acompañó para que no se sintiera solo, ella lloraba como una niña emocionada al verme y yo comencé a acompañarla con las lágrimas hasta que saqué mi mejor agudo e inicié el Ave María para terminar mi recorrido.

Un segundo bastó para que Ari tomara mi helada mano y me hiciera sentir que el momento era cierto y que no tendría final.

El sí acepto, los votos, la bendición del padre acompañada por el beso eterno y las campanadas al ritmo de los aleluyas del coro, remataron este momento tan especial del que solo queríamos salir corriendo para amarnos sin reproches y sin detenernos.

Salir de su brazo convertida en su señora esposa, dejar el apellido Galliard de lado para ser ahora Tarcila de Tamihana, sería uno de los cambios vertiginosos a los cuales me enfrentaba, pero ninguno como el hecho de ser madre.

La pequeña Marama saltaba dentro de mi vientre como queriendo expresar su felicidad, hacerle saber a todos que ella también estaba allí acompañando a sus padres y que la emoción la haría llegar pronto.

Nosotros deseábamos un brindis muy discreto, pero como ser discretos entre el bullicio siciliano. El Castelo Maniace fue el escenario para la celebración, abriendo sus puertas especialmente para nosotros, como regalo de las autoridades locales para celebrar nuestra boda.

Un centenar de mesas vestidas de vichí verde, con latas de tomates en conserva como decoración, comida y música de sobra para amenizar el festín y unos novios felices, cantaban y bailaban, hasta que los ríos comenzaron a desatarse bajo mi vestido.

Comencé a gritar de miedo, pues no sabía lo que pasaba. Tan tonta yo, había olvidado que estaba embarazada y que al romper fuente ocurría tal desborde. Todos corrían, gritaban, lloraban, algunos por el licor, otros realmente por la emoción. Marama nos avisaba de esa manera que llegaría antes de lo imaginado.

Ari tomó las llaves del Giulietta de mi padre y corrimos al hospital. Todo el pueblo nos saludaba al escuchar las latas anudadas en la parte de atrás, pensando que ya íbamos camino a disfrutar nuestra luna de miel.

Tal vez tenían razón, si íbamos directo a celebrar nuestra luna, pero una luna Maorí, tan llena como nueva y creciente, deseando menguar en mi vientre para lanzarse a mis brazos.

Después de un par de horas, por primera vez al darles la noticia la enfermera, mi madre abrazó a Ari y le agradeció con ese gesto el haberla hecho abuela y yo dentro extasiada contemplando el rostro de la hija de la luna.

La fiesta se mudó al hospital. Todos fueron llegando uno a uno a inundar el lugar, con todo el estruendo y los trajes de gala, terminó dándole el tinte gracioso al momento y seguro la anécdota para recordar, pues jamás olvidaríamos ese día y se lo tendríamos que contar a Marama un millón de veces.

La primera al entrar a la habitación fue mi madre. Su mirada se posó sobre Marama eclipsándola con el brillo de sus ojos. Era impresionante como esa pequeña criaturita, a tan pocas horas de nacida tenía la misma mirada penetrante de su abuela, parecía que se había adueñado de su alma.

Para mi madre no hubo más nadie. Todos dejamos de existir para ella a partir de ese momento. Su entrega para Marama fue total y absoluta, como solo una nonna italiana puede hacerlo.

Al entrar mi amado Ari, la ternura se apoderó de él. No se atrevió a sacar a Marama de la pequeña cuna y contemplándola su luz iluminaba su rostro y su sonrisa. Se acercó a mí y me dio un tierno beso, me bendijo haciendo la señal de la cruz sobre mi frente y yo inmediatamente comencé a llorar.

Cuantos sentimientos, cuantas emociones para un solo día y aún no llegaba la noche y la incertidumbre de estar a solas con ella. Mi madre me acompañó, pero estaba tan nerviosa que a cada rato se acercaba a la cuna a ver a la niña, sentir su respiración, saber si estaba satisfecha al comer. Todas las interrogantes que una abuela primeriza puede hacerse habiendo experimentado la maternidad hace tanto tiempo.

Al colocarla sobre mi pecho para amamantarla, supe que el ser madre sería mi nuevo estilo de vida y que todo lo demás debía esperar. Las luces, el brillo, los escenarios y las lentejuelas, serían reemplazados por biberones, pañales y alguna canción de cuna para arrullar a mi pequeña.

Antes de irnos a Nueva Zelanda para que Ari se reconciliara con su familia, pasamos por la catedral y ante una pila bautismal sobre leones de bronce, bautizamos a Marama Tamihana Galliardi, un nombre grande para una pequeña niña.

Escogí como padrinos a mis mejores amigos, Alessandro y Andrea quienes vinieron justamente para celebrar este momento, mientras mi hermana le confesaba a mi madre como había rezado para que no llegaran y ser ella quien llevara a la niña a la pila bautismal, no por egoísmo, sino porque la amaba con toda su alma.

Al regresar a casa listos para abandonar Ortigia, encontramos a mi madre parada en la verja con sus dos maletas de cuero preparadas y diciéndonos con toda la seriedad del momento que jamás se separaría de Marama, así que con nonna incluida nos dirigíamos a vivir una aventura mágica en Nueva Zelanda.

Capítulo IX



Desde la ventanilla en el avión y con Marama en brazos, pude contemplar la magnificencia de nuestro lugar de destino.

Enormes montañas llenas de cascadas que descendían abriéndose camino a placer. Rayos de sol entre las nubes hacían brillar el verde de toda la espesa vegetación y lo claro de las aguas del mar, permitía ver desde el cielo a los peces danzando celebrantes.

Ari no dejaba de apretar mi mano, nunca supe descifrar los sentimientos que albergaban en su alma en ese momento. Su rostro impávido, no demostraba ningún cambio, pero el azul de sus ojos, tomó la coloración de ese mar, como si las aguas comenzaran a reclamarle el haberlas dejado de navegar.

Sus dedos parecían desear partir los huesos de los míos, pero sudaba tanto que se resbalaban y luchaban por seguir aferrándose a mí. Ni hablar de su palpitación, un tambor retumbaba con un ritmo intenso dentro de su pecho, acelerándose aún más ante las indicaciones de la azafata para aterrizar.

Nuestra llegada al aeropuerto fue tranquila, más de lo que esperábamos, solo vino a nuestro encuentro un guía de la compañía que yo había contratado y al verlo llegar, supimos que pertenecía a una tribu. Se paró frente a Ari y lo saludó haciendo presión en su nariz. Era el Hangi, símbolo de unidad y bienvenida directa de los dioses.

Mi madre sólo se persignaba a cada instante al ver las costumbres del lugar. Yo estaba encantada pues era como que todas las páginas de aquellos libros con los que me había apasionado, cobraran vida ante mis ojos.

El guía no siguió el itinerario turístico que le había fijado la agencia, sino que nos llevó directo al Wharemi de la tribu de Ari, que es como un centro comunal o de reunión.

Al llegar al lugar, parados frente a la entrada, sentí como Ari se paralizó, coloqué rápidamente a Marama en los brazos de mi madre y tomé su mano para caminar con él.

El reencuentro con su pasado lo aterrorizaba, saber si su padre lo recibiría y cómo nos acogerían como familia, pues al él irse, despreció todas sus costumbres y ahora estaría frente a ellos presentándole una esposa y una hija pokeha, es decir no maorí como estaba estipulado en su destino.

El padre de Ari fue saliendo demostrando su magestad como el Akiri Rangi de la tribu, el representante directo del cielo y descendiente original de los primeros pobladores. Tras él, se fueron alineando todos los hombres ataviados con sus faldas de lino tejido y sus cinturones ornamentados.

Sus rostros totalmente tatuados no eran nada amigables para un recibimiento, mucho menos su actitud, pues su postura corporal era desafiante, para no decir atemorizante.

El padre de Ari se paró en el centro frente a nosotros, abrió su capa repleta de plumas de kiwi y dejó ver sus tatuajes, al golpear con un pie el suelo, todos comenzaron a dar golpes y palmadas y a gritar sacando su lengua y abriendo sus ojos al máximo. Mi madre parecía estar a punto de desmayar, pero yo estaba disfrutando el Haka de bienvenida y tratando de aprender la waiawata y así poder entonar las canciones épicas que lo acompañan.

Todos esos rostros tan expresivos, todos esos torsos tan decorados, sus gritos y pisadas me hacían imaginar a mi Ari de niño, tan fino y tan blanco, tratando de encajar en aquel grupo, pero solo logrando destacar por su físico particular.

Tras el último grito, todos se quedaron como petrificados con las lenguas afuera y en posición de ataque. Hubo un silencio durante unos segundos que parecieron eternos. El padre de Ari comenzó a avanzar hacia nosotros y él soltó mi mano y caminó erguido a su encuentro.

Al estar frente a frente, su padre le realizó el estornudo de la vida, el saludo especial que hace recordar el esfuerzo por respirar la primera vez y anuncia que se está listo para comenzar a hablar. Ari gritó muy fuerte su declaración de identidad “Ko Ari au Ari”, generando la algarabía entre todos los presentes, que lo recibieron como si jamás se hubiera ido de su lado.

Caminaron hacia nosotros e inmediatamente tomó a la niña de los brazos de mi madre y se la mostró a su padre diciéndole simplemente Marama. Su padre no pudo contener la emoción al ver que nuestra hija, su primera nieta, llevaba un nombre Maorí, acarició su rostro, la tomó en brazos y la elevó hacia el cielo, para hacerla parte de su Whanau (familia).

Ari tomó mi mano y me trajo hacia su padre. Yo no sabía qué hacer ni qué decir, pero Ari solo pronunció mi Tarcila muy fuerte y su padre me sonrió para luego hacerme una pequeña reverencia y decirle a Ari luego de observarme, que estaba muy orgulloso de mis redondeces. Me causó gracia tener que viajar tan lejos para que mi peso fuera motivo de aceptación.

Al dirigirse a mi madre, ella muy cortésmente y formal, pero también con temor de que fueran a soplarle en su nariz, estiró su mano. El jefe con muy buenos modales la tomó y besó con respeto y así le dio la bienvenida a esta mujer no maorí, Pakeha en su lengua.

La tribu entera fue abriéndonos paso para entrar en su Wharenuí, un lugar hermoso que funge como sala de reuniones y en el centro del lugar, sobre una especie de tarima, habían dispuesto una mesa para recibirnos.

Degustamos un delicioso plato de carne con verduras preparado al a antigua manera de cocción llamada Hangi. Mi madre amante del arte culinaria no podía creer que tal manjar había sido elaborado en un hoyo hecho en la tierra y que el sabor característico lo daba el vapor de las brazas de roca volcánica.

Al culminar la velada, nos dirigimos al centro del terreno y todos miramos al cielo para contemplar la Matariki, la constelación de siete estrellas que en Junio está en el punto más alto e incrementa su intensidad, lo que permitió realizar uno de los actos más hermosos y sagrados para ellos, nosotros los visitantes debíamos recitar el Tiaki, una especie de promesa para cuidar y respetar Nueva Zelanda.

Nos fuimos a descansar luego de un día lleno de emociones. Ari me tomó entre sus brazos tan tiernamente, como dándome las gracias por haberle sugerido volver al encuentro de sus raíces y de su hogar.

La mañana siguiente, al despertar, Ari no estaba en la habitación. Cuando traté de incorporarme en la cama, había una caja con una nota igual a la que me envió en mi primera presentación “E hine e hoki mai ra” niña mía vuelve a mí. Al destapar la caja, encontré un vestido tejido en fibras de lino que se ajustaba con un hermoso cinturón con decorados en formas geométricas.

Me lo coloqué inmediatamente y recogí mi cabello rosa con una flor de cayena amarilla para darle vistosidad. Me dirigía al salón pero la casa estaba vacía, todos habían salido, así que me dispuse a descubrir lo que sucedía.

Al poner un pie fuera de la casa, un camino de piedras blancas me guió por un sendero hasta un lugar considerado sagrado, el Marae, con una construcción de madera finamente tallada por dentro y por fuera donde se encontraban todos, a medida que yo caminaba, iban abriéndome paso hasta descubrir a Ari de pie frente a mí.

Mi Ari, el que había escapado de su historia y sus ancestros, ahora se encontraba con su rostro totalmente tatuado, demostrando que como un auténtico Maorí, había luchado sus propias guerras y estaba dispuesto a unirse a mí según sus tradiciones.

Yo sin pensarlo acepté y comenzó el Tohunga, una especie de sacerdote sagrado a cincelar mis labios y mi barbilla para hacer mi Ta Moko e indicar que estaba ligada a un guerrero. Mi madre no podía creer que me había atrevido a desobedecerla, pero lo que no entendía es que ya no le pertenecía. Que mi vida era ser de Ari en todas las formas posibles y más aún la emoción de ser parte de sus costumbres a través de sus tatuajes sagrados.

Su padre me entregó un Heitiki, un colgante tallado en forma de feto, como un poderoso talismán para la fertilidad y que pasa de una generación a otra.

Ari, quien portaba un impresionante pectoral de Jade, colocó sobre mis manos el símbolo del amor eterno, el Pikoma; un giro de jade en forma de ocho que representa la unión perpetua entre dos almas.

Al finalizar y como parte del ritual, el Tohunga purificó según sus costumbres a Marama, pues consideran que hasta que este acto no ocurra, los niños son impuros por el tabú de la madre.

Nos dirigimos al Lago Rotorua, para sumergirnos en sus aguas termales, tal cual como la Leyenda de Hinemoa y Tulamekay que narra la canción que Ari siempre me escribe en las tarjetas, para fundirnos como ellos lo hicieron en sus aguas.

Como regalo de bodas, el padre de Ari nos obsequió un viaje a otro lugar mágico. Se acercó a nosotros expresando todo el orgullo que sentía por nuestra familia y por haber abrazado sus costumbres, pero que era hora de conocer los orígenes de su madre así que sin imaginarlo fuimos de Nueva Zelanda a Finlandia en menos de una semana.

De ese lugar no sabíamos mucho, solo que era la cuna de su madre y de muchas bandas de rock heavy metal, así que estábamos abiertos a vivir nuevas experiencias.

El llamado país de los mil lagos, aunque el apodo se queda corto pues son muchos más, nos recibió con toda la realidad y el misticismo que lo sostiene. Nos dirigimos al pueblo de Vuotso principal territorio Sami, la tribu a la que pertenecía su madre.

Jamás pensé descubrir aborígenes más blancos que mi piel, pero eran tan parecidos a mi Ari, que inmediatamente encajó en el lugar.

Con la única foto de su madre como recuerdo, nos dirigimos al Lago Inari, donde se concentra toda la cultura de los Sami y los lugareños al reconocerla como una más, nos recibieron con cariño, como quien regresa al hogar.

Nos ofrecieron Salmiakki, un licor típico de regaliz salado y compartimos la mesa comiendo carne de reno y Reikälepia, un pan de centeno muy poroso, casi amargo.

Por la tarde, fuimos parte de la celebración de la fiesta de Beiwe, que se celebra el día más corto del año, en honor a la Diosa de la fertilidad, como símbolo de que les devuelva la cordura luego de tanta oscuridad.

Realizan una especie de deporte en la cual los esposos deben cargar a sus mujeres por un sendero y el ganador se lleva el peso de su esposa en cerveza. Imaginaron que Ari y yo fuimos los ganadores y por supuesto tuvimos que compartir toda esa cerveza, pues mi peso alcanzó para festejar con toda la aldea. Al final del día, terminamos ebrios danzando el Letkajenka.

En una noche interminable dentro de un iglú de cristal, hicimos el amor bajo una aurora boreal multicolor y mi alfiletero como único testigo de este amor tan particular, lleno de lugares, giras y canciones, pero lo más importante, con un millón de sitios en la piel que cincelar con nuevas historias por vivir.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Gratitud es la emoción que mejor expresa lo que siento al saber que me has acompañado hasta el final de este relato de amor.

Espero hayas disfrutado leerla y te hayas identificado con la historia, tanto como yo al escribirla, pues el verdadero amor ha estado presente en nuestras vidas, manifestándose en diversas formas

Me complace muchísimo haber ofrecido este regalo para ustedes, mis queridos lectores.

Gracias infinitas.

Ayarit Gallardo

Ayarit Gallardo

Escritora venezolana, autora de novelas de romance contemporáneo, donde la mujer juega un rol protagónico y las emociones son tan importantes como las acciones, permitiéndonos conocer a través de sus personajes a mujeres empoderadas y en consonancia con sus sentimientos, femeninas y emprendedoras, inteligentes y decididas, capaces de mantener una profesión y también de vivir el amor a plenitud. Sus historias están llenas de emociones y sensaciones que permiten al lector involucrarse inmediatamente con la trama, nos hace viajar inmediatamente con la descripción de los lugares y vivir el romance y la pasión a través de las palabras